

## Octavo domingo después de la Trinidad

Romanos 8:12-17

“Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne, porque si vivís conforme a la carne, moriréis; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios, pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: «¡Abba, Padre!». El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.”

1. Esta Epístola otra vez es una amonestación a la vida y las obras cristianas, como la anterior, excepto que usa otras palabras. Debido a las fuertes aflicciones con las que el diablo causa desgracia en el mundo, esta exhortación también es necesaria en varias maneras para los que se han hecho cristianos. Cuando Dios nos da el perdón de los pecados por su gracia sin nuestro mérito, lo cual no podíamos comprar ni ganar para nosotros mismos, luego la gente inmediatamente quiere salir con seguridad y decir: “¡Entonces ya no tenemos que hacer el bien!” Al lado de la enseñanza de la fe, siempre tiene que luchar para mantener que esto no es para nada lo que significa la gracia. El pecado ciertamente no se perdonó para que lo hiciéramos, sino para que dejáramos de hacerlo. De otro modo sería más justo llamarlo no “el perdón de los pecados” sino “permiso para pecar”.

2. No querer hacer el bien es una perversión vergonzosa de la doctrina salvadora del evangelio y es una falta grande y maldita de gratitud por la gracia sin límite y salvación que hemos recibido. Más bien, solo debemos ser movidos y impelidos por esto, en gratitud y honor a Dios, con la mayor diligencia, hacer todo lo que podamos que sabemos es bueno y agradable para él.

3. San Pablo nos recuerda y exhorta de esto con palabras que son claras y sencillas, pero serias e importantes. Nos dice lo que debemos a Dios por lo que hemos recibido de él, y el daño que debemos tener si no prestamos atención a esto ni lo hacemos. Dice:

*“Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne,”* (Romanos 8:12).

4. Porque hemos sido redimidos por medio de Cristo de la condenación que habíamos ganado antes con nuestros pecados, y ahora tenemos vida por el Espíritu de Cristo que mora en nosotros (dijo eso en el versículo anterior) ahora estamos obligados a vivir de acuerdo con eso, como dijo en la lectura anterior de la Epístola: “Porque hemos sido libertados del pecado, nos hemos hecho siervos de justicia, de modo que somos obedientes a Dios” (Romanos 6:22). “Así”, dice, “son deudores”; a saber, la nueva

vocación, estado y naturaleza en que han entrado exigen esto de ustedes: que porque se han hecho cristianos y tienen al Espíritu Santo, también deben vivir como el Espíritu dirige y enseña. No se deja a su propia elección hacer o no hacer esto. Más bien, si quieren jactarse de la gracia y el Espíritu, tienen que reconocer que son obligados a vivir en conformidad a ellos, no conforme a la carne que quiere continuar en el pecado, sino conforme al Espíritu que les dirige, después que han sido bautizados y redimidos del pecado, a huirse del pecado a la nueva vida de justicia, no de esa vida para volver al pecado.

*“porque si vivís conforme a la carne, moriréis;”* (Romanos 8:13)

5. Aquí se da un veredicto breve y sencillo sobre las pretensiones de la gente necia que por la libertad de la gracia quiere dar licencia a la carne. De este modo, les asusta para alejarlos de esta opinión errónea para que, en lugar de la vida y gracia de que se jactan, no vuelvan a traer sobre sí la ira y la muerte eterna. No tendría ningún sentido, quiere decir, puesto que una vez fueron librados y soltados de la muerte eterna, vivir más según la carne. Si lo hacen, no deben pensar que retendrán la vida; más bien, son condenados y sentenciados al infierno.

Saben que se yacían bajo la ira de Dios y se habían caído en la muerte precisamente debido al pecado, y merecieron esa condenación porque habían vivido según la carne. Así Cristo ciertamente no murió por los que quieren quedarse en sus pecados, sino para rescatar del pecado a los que quieren ser redimidos y sin embargo no podían librar a ellos mismos.

6. Por tanto, todo el que es cristiano no debe ocuparse mucho en este sofismo: “Soy libre de la ley; por tanto, puedo hacer lo que me dé la gana”. Más bien, debe decir y subrayar lo opuesto: Porque es cristiano, debe temer y cuidarse del pecado, de modo que no abandone su libertad a favor de su cárcel anterior del pecado bajo la ley y la ira de Dios, ni caerse de la vida que ha comenzado otra vez a la muerte. Así oye el veredicto serio: “porque si vivís conforme a la carne, moriréis”. Es como si quisiera decir: “No les ayuda para nada que han oído el evangelio, se han jactado de Cristo y recibido los sacramentos, si por la fe y el Espíritu que han recibido no suprimen sus deseos pecaminosos de una vida impía, su desprecio de Dios, su avaricia, malicia, arrogancia, odio y envidia, etc.”

7. Lo que significa vivir “conforme a la carne” se ha dicho con frecuencia y es fácil entenderlo. La “carne” no es solo el deseo burdo, inmundo para la fornicación u otra falta de castidad sino también todo lo que la persona tiene de su madre. Eso no solo es la piel y el cabello, sino también el alma y todos los poderes de la naturaleza, externos e internos, en la razón, la voluntad y la mente, que no son guiados por el Espíritu conforme a la palabra de Dios. Son especialmente esas cosas que la razón no considera pecados, tales como vivir en la incredulidad, la idolatría, el desprecio de la palabra de Dios, la insolencia y la dependencia de nuestra propia sabiduría, poder, honor, etc. Los cristianos (que tienen al Espíritu Santo y pueden juzgar lo que es carnal) deben evitar y huir de todo esto como de un veneno dañino que trae la muerte y la condenación.

*“pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.”* (Romanos 8:13)

8. Confiesa que aun los cristianos tienen en ellos algo de la carne, que tiene que ser matada. Esto es toda clase de tentación y deseos contrarios a todos los mandamientos de Dios, que son activos en nuestra naturaleza y nos incitan a pecar. Aquí los llama “las obras de la carne”, tales como ideas incrédulas y suspicaces; la seguridad carnal y la insolencia contra el temor de Dios, ser frío e indolente hacia la palabra de Dios y la oración, la impaciencia y las quejas en el sufrimiento; la ira, el espíritu vengativo o la envidia, y el odio de nuestro prójimo; la preocupación de la avaricia; la falta de castidad; etc. Porque tales tendencias están en la carne y sangre, no dejan de afectar y tentar a la persona. Pueden inclusive vencerlo a veces, si no se guarda diligentemente contra hacer demasiado e irse demasiado lejos, de modo que hasta lo venzan, si no se defiende contra ellos y, como dice aquí, “mata las obras de la carne”.

Por eso necesitamos una pelea y lucha intensa que no se debilita ni cesa mientras vivamos. Aquí el cristiano no debe estar flojo y relajado, sino levantarse por el Espíritu para que no ceda a la carne. Siempre debe matar la carne para no ser matado por ella, como dijo: “si vivís conforme a la carne, moriréis”. Aquí, en cambio, trae el consuelo: “si... hacéis morir las obras de la carne, viviréis”. Se le da el Espíritu Santo con este fin: que ahora puede y debe matar esos deseos pecaminosos.

9. Sin embargo, este matar el pecado por el Espíritu sucede de esta forma: la persona reconoce su pecado y debilidad, y cuando siente que son activos estos deseos pecaminosos, se para de inmediato para pensar, recuerda la palabra de Dios, y por la fe en el perdón de los pecados se fortalece y lo resiste, de modo que no consiente a él ni lo deja realizarse.

10. Esta es la distinción entre los que son cristianos y santos y los demás que están sin fe y el Espíritu, o que los abandonan y pierden. Aunque los creyentes todavía tienen en ellos los deseos pecaminosos de la carne (así como los demás tienen), sin embargo, continúan en el arrepentimiento y el temor de Dios y retienen la fe de que sus pecados son perdonados por causa de Cristo. Porque no ceden al pecado, sino lo resisten, siguen bajo el perdón. La debilidad que todavía tienen no es fatal ni condenable, como lo es para los demás que viven en seguridad sin el arrepentimiento y la fe, intencionalmente siguen sus deseos contra su conciencia, y así rechazan tanto la fe y el Espíritu Santo.

11. Por esto San Pablo recuerda a sus cristianos a pensar en lo que han recibido y por qué fueron puestos en esta posición, a saber, que porque tienen el perdón de los pecados y el Espíritu Santo, no deben otra vez perder esto. Más bien, deben usar esto en la lucha contra los deseos pecaminosos de su carne y consolarse con el hecho de que tienen al Espíritu; a saber, tienen su ayuda y fuerza con que pueden resistir y matar esos deseos. Los otros, que están sin fe, no tienen ni pueden tener esto. Por tanto, sigue diciendo:

*“Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios,”* (Romanos 8:14)

12. Así como nosotros, Pablo tuvo que tratar con dos grupos: los justos y los cristianos falsos. No hay tanto peligro de los adversarios de la enseñanza, por ejemplo, para nosotros del papado, porque lo hacen tan obvio que fácilmente podemos guardarnos contra ellos. Sin embargo, puesto que el diablo también siembra su semilla entre nosotros, los que se llaman cristianos y se jactan del evangelio, necesitamos prestar atención no a la boca sino a las obras de los que se jactan de ser cristianos, es decir, no a lo que dicen, sino a lo que hacen. Es fácil jactarse de Dios, Cristo y el Espíritu, pero se demuestra que esta jactancia es recta si el Espíritu también obra y es poderoso en ti, de modo que suprime y mata el pecado en ti. En dondequiera que está el Espíritu, ciertamente no es flojo ni impotente, sino se revela dominando y empujando al hombre de modo que el hombre lo obedece y lo sigue. Ese hombre tiene este consuelo: que es un hijo de Dios y que Dios gobierna y obra en él, de modo que no muere, sino tiene vida.

13. Así ser “empujado por el Espíritu de Dios” significa obtener un corazón que desea escuchar la palabra de Dios y cree que en Cristo tiene la gracia y el perdón de los pecados, confesar y demostrar esta fe ante el mundo, buscar la gloria de Dios sobre todas las cosas, de modo que vive sin ofender, sirve a otros, y es obediente, paciente, casto, bondadoso, bueno, etc. Aunque tal vez sea vencido y tropiece, pronto se vuelve a levantar por el arrepentimiento y deja de pecar. El Espíritu Santo lo enseña y le muestra todo esto, si escucha y recibe la palabra y no resiste con maldad al Espíritu.

14. Por otro lado, el diablo, que también es un espíritu, también empuja los corazones del mundo, pero en tal forma que fácilmente vemos que no es un espíritu bueno ni el Espíritu de Dios. Solo empuja a su gente a lo opuesto de lo que impulsa el Espíritu de Dios, de modo que no deseen escuchar la palabra de Dios ni seguirla, desprecien a Dios y se hagan orgullosos, arrogantes, avaros, sin misericordia, etc.

15. Por tanto, todos deben cuidarse, no sea que se engañen. Muchos quieren ser llamados “cristianos” que ciertamente no lo son. Podemos percibir y ver esto por el hecho de que no todos son impulsados por el Espíritu de Dios. Tienen que tener un espíritu que los impulsa. Si no es el Espíritu de Dios que les impulsa en contra de la carne, debe ser el otro espíritu, el maligno, que les impulsa a la carne y sus deseos contra el Espíritu de Dios. Por eso, o deben ser los propios hijos queridos de Dios, sus hijos e hijas, llamados a la vida eterna y gloria, o ser rechazados y separados de Dios, los hijos del diablo, y con él herederos del fuego eterno.

16. Ahora, San Pablo aprovecha la oportunidad de estas palabras, “hijos de Dios”, para hablar más acerca de esto, y usa una predicación hermosa y consoladora para ampliar el significado y la gloria de ser hijos de Dios, que solo comienza en esta lectura de la Epístola, diciendo:

*“pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: «¡Abba, Padre!».”*  
(Romanos 8:15)

17. Este es un texto excelente, consolador, y realmente debe ser escrito con letras de oro. Porque ahora, quiere decir, tienen al Espíritu Santo por la fe y son impulsados por él, ya no están bajo la esclavitud, como lo estaban bajo la ley, de modo que tenían que temer el susto y las exigencias de ella, como si Dios quisiera condenar y negarles debido a su indignidad y la debilidad que quedaba en su carne. Más bien, ahora tienen el consuelo de que por la fe están seguros de la gracia de Dios, pueden considerar a Dios su padre, pueden apelar a él como sus hijos, etc.

18. De esta forma, compara las dos clases de obras que vienen de las dos clases de predicación o enseñanza, a saber, la de la ley y la del evangelio, que también distinguen entre los cristianos y todos los demás que están sin fe y el conocimiento de Cristo. Los que no tienen ni saben nada más que la ley nunca pueden obtener una confianza y consuelo de todo el corazón en Dios, aunque hagan mucho y obren con toda seriedad con la ley. Cuando la verdadera magnificencia de la ley les pega entre los ojos, de modo que vean lo que les exige, cuán lejos están todavía de cumplirla, y se les muestra la ira de Dios contra ellos, entonces no hay más que susto, temor, y huirse de Dios, bajo los cuales finalmente tienen que perecer, a menos que sean liberados por el evangelio. Esto es lo que aquí llama un “espíritu de esclavitud”, que solo asusta y nos hace correr de Dios.

Por otro lado, sin embargo, cuando el corazón comprende la predicación del evangelio, que nos cuenta que sin nuestro mérito ni dignidad Dios perdona nuestros pecados por amor a Cristo cuando creemos en él, entonces se consuela, contra el terror de la ley, en la gracia de Dios. Así el Espíritu Santo obra en él para que pueda seguir en esta confianza ante Dios, apegarse a este consuelo, y apelar a Dios desde el corazón en esta fe, aunque todavía siente y reconoce que es débil y pecaminoso. Esto es lo que significa recibir un “espíritu de adopción”.

19. Sin embargo, San Pablo habla de un “espíritu de esclavitud o de adopción” en la forma que se acostumbraba en ese tiempo, cuando los esclavos y las esclavas pertenecían a la casa del amo, así como una vaca se podría comprar por dinero. Puede tratar con ellos, como con su ganado, de modo que tenían que temer a su amo y esperar azotes, prisión y castigo hasta la muerte. No podían decir: “Tanto de la propiedad del amo es mío y me lo tiene que dar”, etc. Más bien, tenían que pensar: “Tengo que servir aquí solo por el pan y no esperar nada sino golpes; además, tengo que tolerar que mi amo puede quitarme y venderme a otra persona cuando desea hacerlo”. Así nunca podían tener ninguna esperanza segura de librarse de tal temor, cárcel y control.

20. Ahora, dice, no tienen tal espíritu esclavizado, cautivo, ansioso e inseguro, en que siempre tienen que vivir preocupados de la ira y la condenación, como la gente de Moisés y los que están bajo la ley. Más bien, ahora tienen el espíritu muy valiente, seguro y confiado que tiene el niño hacia su padre, de modo que no tienen que temer que Dios quiera estar enojado con ustedes ni quitar y condenarles. Tienen “el Espíritu de su Hijo” (como dice antes en Romanos 8:9 y en Gálatas 3[4:6] en su corazón, de

modo que saben que quedan en la casa, que la herencia les sigue, y que pueden consolarse en ella y jactarse de ella como suya.

21. He hablado más de este “espíritu de adopción”, y asimismo acerca de lo que quiere decir cuando dice: “por el cual clamamos: ¡Abba!, Padre!”, en la Epístola de Gálatas 3, en donde usa las mismas palabras. En resumen, aquí describe el poder del reino de Cristo, la obra propia y el culto verdaderamente elevado que el Espíritu Santo obra en los creyentes, a saber, la consolación por la cual el corazón es librado del susto y el temor del pecado y se le da la paz. Describe la sincera apelación que por la fe espera obtener una audiencia favorable y ayuda de Dios, lo cual no puede suceder para nada por medio de la ley o la santidad propia. De esta forma nunca podría producirse el consuelo verdaderamente seguro de la gracia y el amor de Dios hacia él, sino siempre seguiría preocupado y con ansiedad acerca de la ira y la condenación; mientras dure tal duda, huye de Dios y no puede apelar a él.

Por otro lado, sin embargo, en donde hay fe en Cristo, el Espíritu Santo obra en el corazón tanto este consuelo y una segura confianza como de un niño, de modo que no duda de la voluntad misericordiosa de Dios y la respuesta favorable a las oraciones. Ha prometido tanto la gracia y la ayuda, consuelo y una respuesta favorable, no debido a su dignidad, sino por el nombre y el mérito de su Hijo Cristo.

22. El profeta Zacarías también habla de estas dos obras del Espíritu Santo: la consolación e implorar a Dios. Dice que Dios establecería una nueva predicación y obra en el reino de Cristo cuando “derramaré un espíritu de gracia y de oración” (Zacarías 12:10). Es el mismo Espíritu que nos asegura que somos los hijos de Dios y que impulsa nuestros corazones para clamar a él con una plegaria de todo el corazón.

23. La palabra hebrea *Abba*, que significa, como él mismo explica, “querido Padre”, es lo que un niño pequeño que es heredero balbucea con su padre con la sencilla confianza de un niño, y lo llama *Ab*, *Ab*. Es la palabra más fácil que un niño puede aprender a decir o, como dijo el antiguo idioma alemán casi con más facilidad: *Etha*, *Etha*. La fe también habla palabras tan sencillas de un niño a Dios por el Espíritu Santo, pero desde lo profundo del corazón y, como dice después (Romanos 8:26), “con gemidos indecibles”. Sucede especialmente en el conflicto y el peligro por la duda de la carne y el asusto y la aflicción del diablo. Tiene que defenderse contra esto y decir: “¡Querido Padre! Tú ciertamente eres mi querido Padre, porque has dado tu querido y único Hijo por mí. Por tanto, no estarás enojado conmigo ni me rechazarás”. Asimismo: “Ves mi angustia y debilidad, por lo cual quieres ayudarme y salvarme”, etc.

*“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.”*  
(Romanos 8:16)

24. El hecho de que somos hijos de Dios y podemos considerarnos con seguridad como tales no viene de nosotros mismos ni de la ley. Más bien, es el testimonio del Espíritu Santo contra la ley y nuestros sentimientos de indignidad que testifica a esto en nuestra debilidad y nos hace seguros de ello. Este testimonio sucede de esta forma: sentimos y

percibimos el poder del Espíritu Santo que obra en nosotros por la palabra, y nuestra propia experiencia concuerda con la palabra o la predicación. Puedes sentir esto en ti cuando recibes consolación del evangelio en la tribulación y la angustia, y así vences la duda y el susto, de modo que tu corazón puede concluir firmemente que tienes a un Dios misericordioso; entonces ya no huyes de él sino con alegría puedes apelar a él con fe y esperar ayuda de él. En donde persiste esta fe, es seguida por la experiencia de que recibimos ayuda, como dice San Pablo: “y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no nos defrauda” (Romanos 5:4–5).

25. Este es el verdadero testimonio interno por el cual sabes que el Espíritu Santo está obrando en ti. Además, tienes también el testimonio externo y las señales que te da: dones especiales, un excelente entendimiento espiritual, favor y fortuna en tu vocación, etc. Te da el deseo y el amor por su palabra, de modo que la confiesas ante el mundo entero arriesgando cuerpo y vida. Asimismo, te hace hostil a la impiedad y el pecado y te hace oponerte a ellos, etc. Los incrédulos no tienen al Espíritu Santo y no pueden hacer nada de esto. Aunque es cierto que esto sucede aun entre los santos con gran debilidad, sin embargo el Espíritu Santo reina sobre los cristianos en esta debilidad y fortalece su testimonio. San Pablo otra vez dice: “el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad”, etc.

*“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.”*  
(Romanos 8:17)

26. ¡Escucha la alta jactancia, honor y gloria de los cristianos! Deja al mundo su pompa, arrogancia y honor, que no significan nada (en su nivel más alto y mejor) sino que son los hijos del diablo. ¡Ustedes, sin embargo, calculen lo que significa que un pobre, miserable pecador debe tener este honor con Dios que no es llamado un esclavo o siervo de Dios, sino su hijo y heredero! ¿No debe una persona, o hasta el mundo entero, desear, si se pudiera desearlo, ser llamado la vaca de Dios y su rana, solo para poder jactarse de pertenecer a Dios y ser suyo? ¿Quién no pertenecería gustosamente a este Señor y Creador? Ahora dice que los que creemos en Cristo no debemos ser sus esclavos y sirvientas, sino sus propios hijos, hijas y herederos. ¿Quién puede alabar esto suficientemente? No se puede expresar ni comprender plenamente.

27. Aquí, sin embargo, nuestra gran debilidad humana se presenta. Si creyéramos esto plenamente sin dudar, ¿de qué temeríamos, y quién nos haría daño ni podría hacerlo? Si alguien desde su corazón puede decir a Dios: “Tú eres mi querido Padre, y yo soy tu hijo”, ciertamente desafiaría a todos los diablos en el infierno y alegremente despreciaría todas las amenazas del mundo. En este Padre tiene a un Señor ante quien todas las criaturas tienen que temblar; sin su voluntad no pueden hacer nada. Tiene una herencia y dominio que ninguna criatura puede dañar ni perjudicar.

28. Sin embargo, agrega aquí la frase “si es que padecemos juntamente con él”, para que sepamos que tenemos que vivir en la tierra en tal forma que demos que somos hijos buenos y obedientes que no seguimos la carne, sino por amor a este dominio

sufrimos todo lo que hace daño a nuestra carne. Si hacemos esto, entonces debemos y poderos tomar glorioso consuelo y hasta regocijarnos y jactarnos de que, como dice, “los que son guiados por el Espíritu”, de modo que no siguen su carne, “son hijos de Dios”.

29. ¡Qué grande es la persona que no sigue sus deseos sino los resiste con firme fe y sufrimiento! Ser hijo de un rey o emperador poderoso y famoso significa gran nobleza, honor y gloria en la tierra. ¡Cuánto mayor sería si alguien con verdad pudiera jactarse de ser el hijo del más alto ángel! Pero ¿qué es todo eso en comparación con el que es nombrado y escogido por Dios mismo como hijo y heredero de la divina majestad? Tal filiación y herencia ciertamente debe traer gloria y riquezas, poder y honor indecible sobre todo en el cielo y la tierra.

Este honor solo, aunque aparte de ello no tuviéramos nada sino este nombre y jactancia, debería movernos a ser hostiles a esta vida pecaminosa en la tierra y a luchar contra ella con todos nuestros poderes, aun si perdiéramos todo por ello y sufriéramos todo que se pueda sufrir. Sin embargo, ni entra en el corazón humano, y es tanto por encima de nuestra mente y pensamientos, lo que significa este honor y gloria, que debemos ser exaltados con Cristo, como San Pablo explica además en el siguiente texto, en donde dice: “Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”, etc. (Romanos 8:18), como oímos antes en el Quinto [Cuarto] domingo después de la Trinidad.